

José Cristo Rey García Paredes

La Misión: La clave para entender la Vida Consagrada hoy

Ponencia semana de Vida Consagrada

(Abril 2005)

Estamos un poco perdidos cuando en nuestros capítulos generales y provinciales hacemos el balance de los últimos años y queremos proyectar el futuro. Estamos un poco perdidos cuando nos reunimos los religiosos y hacemos congresos, reuniones, cursos de formación. A veces da la impresión de que nos dejamos llevar por la moda del momento. Otras, da la impresión de que nos preocupan más los problemas internos o que los problemas externos, que tienen mucho que ver con la misión.

Es interesante observar cómo en nuestros capítulos nos suelen preocupar muchísimo los problemas de funcionamiento interno: la autoridad, los destinos, los proyectos comunitarios, el individualismo, la falta de piedad y oración, las faltas de pobreza o castidad. Y no es un desacierto. Son problemas reales que no hay que minusvalorar. Pero, esos problemas se agravan, se hacen mucho más fuertes cuando, el espíritu de misión está debilitado, cuando hemos perdido el sentido misionero.

Eso que sucede en la vida práctica acontece también en el ámbito teológico. Una teología que no parte de la misión es una teología desorientada, sin meta, desapasionada, apática, que no responde a las grandes cuestiones que nuestro mundo nos plantea.

Sin una fuerte conciencia de misión, la Iglesia y la vida consagrada dentro de ella, pierden su sentido, su razón de ser.

I. ¿Es la “Misión” categoría clave?

La misión es la clave para entender la Iglesia y todo lo que acontece en ella, como la vida consagrada. Sin la misión, como punto básico y principio arquitectónico, todo puede derruirse y caerse. Cuando la misión ejerce su función de principio central y estructurante, todo funciona y se desarrolla y despliega.

Cuando la misión no ejerce esa función central y clave, aparecen otras realidades que intentan suplantarla, ocupar su puesto: como la espiritualidad, la vida comunitaria, las modas del momento, las actividades personales entendidas como “trabajo”,

La espiritualidad: podría parecer que la espiritualidad es lo más fundamental en la vida cristiana y vida consagrada; podría parecer que la oración, la contemplación, la vida en Cristo Jesús es el eje de toda forma de existencia cristiana. Y efectivamente así es. Pero cuando la espiritualidad intenta solapar la falta de misión y de espíritu misionero, no

sirve de nada; es una escapatoria. No se trata de una experiencia cristiana, sino pseudo-cristiana, desencarnada y pietista

La vida comunitaria y las relaciones interpersonales entre los miembros de la comunidad o del grupo: en no pocos institutos esta es la preocupación central; en la experiencia de no pocos religiosos ésta es la cuestión que más les preocupa: dónde son destinados, con quiénes han de convivir, qué tipo de relaciones mantienen con sus superiores etc. Las mayores preocupaciones que ocupan a los miembros del instituto son cuestiones internas y no los grandes asuntos que nuestro mundo nos plantea como seguidores de Jesús. Quienes desarrollan su vida a partir de tales cuestiones, se mantienen pueriles, irresponsables, solamente preocupados de su autoconservación.

Las modas del momento: cuando la misión no es el principio fundante entonces tendemos a buscar el tema del momento, la preocupación que está de moda. Interesan cuestiones como la posmodernidad, o la espiritualidad new age, o la globalización y el desarrollo mantenido, o del marxismo.... Pero no se abordan las cuestiones seriamente en clave de misión, sino más bien como curiosidad intelectual, sin efectos prácticos, ni repercusiones misioneras. Estas reflexiones ejercen ordinariamente un influjo bastante superficial, dado que después se busca la moda siguiente, el tema de actualidad posterior y los demás quedan atrás, desactivados. Se ven los problemas de la sociedad desde afuera, no desde dentro para transformarnos, como pedía la “*Evangelii Nuntiandi*” de Pablo VI en el n. 14.

Las actividades personales, privadas, el individualismo: la falta de espíritu misionero auténtico hace que las personas se centren en sus intereses privados. Una forma de camuflar el espíritu apostólico y misionero consiste, paradójicamente, en centrarse en el trabajo, en “mi trabajo”. Hay personas adictas al trabajo; pero desgraciadamente no se trata de una adicción a la misión. Es lo que en otros tiempos se llamó la “herejía de la acción”. Lo que se busca con ello no es el servicio de los demás sino la auto-realización. Todo eso no tiene nada que ver con la realización del Reino.

Sin perspectiva de misión el mismo gobierno y la formación y la misma teología son entendidos de forma muy deficiente.

El gobierno y la autoridad: un gobierno dedicado más a lo inmediato que a lo que verdaderamente genera el futuro. Mata la sensibilidad profética lentamente. No atiende a las necesidades urgentes de la Iglesia y de la sociedad. El gobierno se torna endogámico. Solo eventualmente abordan cuestiones de relanzamiento misionero reales; la mayoría de las veces se preocupan de mantener un sistema que no tiene la misión como centro. No facilita el discernimiento de la comunidad, para que viva en alerta y discernimiento hacia los signos de los tiempos o hacia dónde el Espíritu está llevando a la humanidad, en el futuro de Dios.

La formación: Frecuentemente la misión no es el principio articulador de la formación. Se suele pensar que, antes de cualquier implicación personal en la misión, cada formando tiene que resolver sus cuestiones personales, sus propios conflictos.... En cierta medida eso es verdad; pero querer solucionar los propios conflictos al margen de la misión y de la vocación a la misión es privarse de el mejor recurso para resolverlos. En la medida en que el espíritu vocacional-misionero no funciona la formación se enloquece, se convierte en una formación narcisista, demasiado atenta a lo individual.

La teología: La reflexión teológica, desprovista de la perspectiva de la misión, suele adolecer del mismo defecto. La misión queda relegada al último capítulo. Se suele decir que es antes el “ser” que el “actuar” o “hacer”. Esa teología supone que la misión forma parte del ámbito del actuar y del hacer. Por eso, se abordan antes los temas referentes a lo que se considera esencial en la vida religiosa, como es la consagración, los votos, la comunidad. ¡Esa sería la identidad! Después vendría la proyección de la identidad en la acción. Tampoco en este caso la misión es el principio articulador de la teología de la vida religiosa o consagrada.

II. ¿Qué es la Misión?

La palabra misión, que utilizamos tantas veces, proviene del término latino “mitto” y del participio “missum”. Su significado es “enviar” o “enviado”. Propio de la misión es el “ser enviado”. Obviamente este “ser enviado” responde a una encomienda, a una tarea que a una persona le es asignada para que la realice. Así, cuando un gobierno envía soldados a realizar una determinada tarea de paz, o de guerra, se dice que ellos van a realizar una “misión militar”; cuando este envío procede de las autoridades universitarias, se habla de misión científica o cultura... Cuando los enviados, lo son por una instancia religiosa, se habla de “misión religiosa”.

1. Missio Dei, ¡ante todo!

Lo más sorprendente de todo esto es que la misión y su concepto más diáfano, más sublime y transparente, lo encontramos en el mismo ser divino. Hace más de cincuenta años, nuestros hermanos protestantes acuñaron la expresión “missio Dei” como una categoría teológica de máxima importancia. Con ello querían hablar de la Misión del mismo Dios. Nuestro Dios es Misión –querían decir-.

Desde que nos ha sido revelado el misterio trinitario de Dios, sabemos que la categoría de Misión es absolutamente esencial para entender a Dios. Jesús, como Hijo de Dios, es consciente de ser el “Enviado” del Abbá. Dios Padre es el que envía a su Hijo al mundo. También el Padre envía al Espíritu, que se hace presente en el mundo en diversas ocasiones y de diversas formas. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, el Espíritu Santo es enviado: inspira a los profetas y los impulsa a realizar el proyecto de Dios, el Espíritu actúa en la creación del mundo, en la generación virginal de Jesús. Jesús y el Padre envían el Espíritu después de la resurrección para que habite en el mundo y en el corazón de los fieles. Vemos, por consiguiente, que la misión forma parte del ser divino. El Abbá es el que envía, el Hijo y el Espíritu son los enviados. De ahí que la teología hable de las “Misiones divinas” como uno de los aspectos fundamentales de la Santísima Trinidad.

La misión, pues, brota de las entrañas mismas de Dios Padre. Y se expresa en su Hijo, que encarnado de María Virgen por obra del Espíritu, es “el Enviado”. El Padre envía a su Hijo, el Padre y el Hijo envían al Espíritu. Ser enviado es condición existencial del Hijo y del Espíritu.

2. Missio creationis

Todas las acciones de Dios hacia fuera de él mismo son, por lo tanto, acciones de misión. La creación es el primer acto de Misión. El Abbá Creador actúa a través de su

Logos, la Palabra y de su Santa Ruah, el Espíritu. La creación es realizada en Cristo Jesús y por la fuerza del Espíritu.

Al ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, Dios le concede un ser “misionero”. Si el ser humano se contempla adecuadamente a sí mismo, descubre que está en la existencia por pura gracia; no es un ser necesario, sino contingente; enviado a la existencia por Alguien y para algo. Descubrir el sentido de la vida, de la existencia es la condición básica para existir auténticamente. Es admirable, en este sentido, la tarea de los filósofos, siempre en busca del sentido, de la causa de las causas. Nuestra revelación, el Génesis, nos indica cómo el ser humano ha sido creado para realizar una misión. Las palabras del autor del capítulo primero del Génesis nos dicen que el ser humano fue creado “a imagen y semejanza de Dios”. También que el ser humano, varón y mujer, han de vivir unidos y formar un solo ser. También, finalmente, que fueron introducidos en el Jardín para que lo cultivasen. Desde ese momento el ser humano comenzó a realizar una misión impresionante: dominar la tierra, cultivarla, organizarla. Dios creó creadores y, por eso, la capacidad creadora del ser humano es inagotable e impresionante.

Aquí tenemos la primera y más fundamental misión del ser humano. Esta se expresa en tres ámbitos: la familia o la generación, la relación con el mundo material y sus recursos o la producción o economía y trabajo, y la relación y organización de los seres humanos en sociedad, o la política.

La humanidad se encuentra en permanente estado de misión, a partir de la *missio creationis*. Es necesario poner de relieve la dignidad de esta “misión”. Podríamos también definirla la “misión secular”. Aunque no lo parezca, esta misión procede del Creador. Y, con más o menos conciencia de ello, los seres humanos la estamos realizando en su nombre. Los creadores, los generadores, se asemejan al Dios Creador, al Dios padre-madre, al Dios artista y artesano. La familia y la pareja, el trabajo y la economía, la política y la organización social, el arte y la artesanía, el mundo religioso y cultural ... todo ello pertenece a la tarea que el hombre ha recibido de su Creador.

La misión, recibida del Creador, fue sometida a la fuerza destructiva del pecado. El ser humano renunció a partir de ahí a su heteronomía divina y quiso ser autónomo, darse a sí mismo su propia tarea y misión. Renunció a ser “servidor” de su Creador, para convertirse en propietario del mundo que había recibido como gracia. Es aquí donde el ser humano renuncia a ser “enviado” y busca únicamente realizar su propia voluntad. A partir de ahí, se inició una historia anti—genesis, de desmoronamiento y destrucción de todo lo creado.

3. *Missio Redemptionis*

La venida del Hijo de Dios al mundo, tuvo que ver con este proyecto: restaurar la misión del ser humano en sus verdaderos términos; restaurar el flujo de la energía del Creador, transmitida a sus criaturas. Por eso, el Hijo inició su misión ejemplar convirtiéndose en obediente: “Padre, he aquí que vengo para cumplir tu voluntad”. Jesús sabía que la misión no puede realizarse de espaldas al Dios Padre y Creador; que sin contemplar su rostro y su voluntad, la Misión pierde toda su razón de ser y se convierte en anti-misión, en autosuficiencia estéril.

La única preocupación o tarea de Jesús fue hacer presente el Reino del Abbá, el Reino de Dios y a re-establecer la Alianza perdida, entre Dios y nosotros. Sólo en Alianza podemos cumplir la Misión y sólo en Alianza podemos decir que el Reino de Dios se establece entre nosotros.

Jesús no tuvo como misión, por consiguiente, invalidar el proyecto creador, ni condenar a los hombres por la generación, la producción, la política. Al contrario, Jesús vino para restaurar el proyecto originario de Dios. “Al principio no fue así”, decía respecto al matrimonio, pero lo mismo se podría decir respecto a muchas otras realidades que han quedado desfinalizadas por el pecado. Jesús dedicó gran parte de su vida a realizar la “Missio Creatoris”: “y bajo a Nazaret, y les estuvo sujeto; y crecía en gracia y en sabiduría ante Dios y ante los hombres”.

Es misteriosa esta primera fase de la misión de Jesús en Nazaret. Jesús actuó como un hombre cualquiera. Se entregó, como sus conciudadanos, al trabajo. Así actuó hasta que llegó a los 30 años. Entonces tuvo una revelación apocalíptica y descubrió un nuevo sentido para su vida y misión.

A partir del Bautismo en el Jordán inició Jesús una nueva fase en su misión: podríamos denominarla profesión profética o liminal. Jesús concentró todas sus energías y habilidades en la proclamación del Reino de Dios.

No se debe reducir la misión de Jesús a una mera misión eclesial. Jesús pensó siempre en claves de Reino de Dios. Su misión tenía varios aspectos: anuncio del Reino, signos del Reino (milagros, expulsar demonios, atención a todas las personas), pasión y muerte.

Anuncio: Jesús apareció, ante todo, como quien a partir de determinado momento de su vida, se convirtió en mensajero del Reino de Dios, o mejor en mensajero del proyecto de Dios, su Abbá, sobre el mundo. De esta manera habló del Abbá, reveló su persona, su proyecto, su voluntad. Jesús mismo era la presencia y la actuación de Dios, aunque delimitada por su realidad humana, pero, al mismo tiempo, contextualizada por ella.

La voluntad del Padre que Jesús anunciaba era un mundo, distinto al que vivimos. Era la de un mundo sin pecado, unas relaciones humanas basadas en el amor, en la solidaridad, en el respeto mutuo. Por eso, el anuncio del Reino contenía una fuerte dosis de denuncia de las injusticias, de la corrupción, de la perversión que se ha producido en los ámbitos fundamentales del ser humano: la sexualidad, la propiedad y el poder.

Jesús no ejerció su misión en un ámbito litúrgico, celebrativo, sacerdotal. Él celebró el Reino y su llegada en la vida ordinaria, en su trabajo como artesano de Nazaret, en la primera etapa de su vida, y como profeta apocalíptico en la etapa profética y liminal de su vida. Concluyó su existencia ofreciendo su vida en el altar del Calvario y de la Cruz. ¡Ese fue su último acto de misión! La misión se identificó con su Pasión. Y es que la Pasión y no solo la Acción es otra expresión de la misión.

Jesús compartió su misión con los discípulos. Tuvo la iniciativa, ya desde el principio, de reunir en torno a sí a un grupo de discípulos y discípulas. Jesús quiso compartir con ellos y ellas la vida y la misión. Por eso, confió en cada uno de ellos. Y los envió de dos

en dos para predicar el Evangelio del Reino de Dios y actuar contra las fuerzas diabólicas que impiden la presencia de Dios en el mundo.

4. Missio Spiritus

Jesús nos prometió que nos enviaría el Espíritu Santo. El Espíritu fue enviado por el Abbá y por el Hijo tras la resurrección de Jesús de entre los muertos. El Espíritu es el misionero del Padre y del Hijo. Él lo enseña todo. Es el Maestro interior. El que hace posibles todas las obras de Dios. Es el Consumador.

El Espíritu actúa de forma invisible. Los carismas derramados con abundancia son su manifestación, su epifanía. Actúa a través de la variedad de carismas y carismáticos, a través de todas las personas que disfrutan de su inspiración.

Muchos han descubierto que ahora nos encontramos en la era del Espíritu. Esto quiere decir, que estamos en tiempos de la Misión del Espíritu. Él es el gran Protagonista de la Misión y quienes se dejan llevar por el Espíritu, esos son los auténticos misioneros y misioneras de Dios.

La misión del Espíritu acontece en todo el mundo. Todos los seres humanos pueden convertirse en mediadores de la acción del Espíritu. Por eso, hablamos de los signos del Espíritu en los tiempos y en los lugares. De una forma especial, la acción del Espíritu se hace presente en la Iglesia. La Iglesia es la manifestación de la acción del Espíritu en el mundo. A través de ella, de sus Sacramentos, de la Palabra, de las acciones de caridad y de evangelización, el Espíritu actúa y lleva adelante la historia de una forma visible.

5. Missio apocalyptica

El último rasgo de la misión que quisiera resaltar es una característica que aparece cuando la misión se ve confrontada con el peligro, con los enemigos exacerbados del Reino de Dios.

En su última etapa, la misión de Jesús se convirtió en misión apocalíptica. Lo mismo aconteció en la Iglesia del Nuevo Testamento. Cuando sufrió persecución, sobre todo, bajo el imperio romano, la Iglesia descubrió con una peculiar clarividencia la dimensión apocalíptica de su misión.

La misión revela sus rasgos apocalípticos cuando nos encontramos en situaciones en las que, al parecer, los enemigos del Reino de Dios vencen. La misión apocalíptica tiene los siguientes rasgos:

La dimensión apocalíptica inyecta en la misión el carácter de urgencia y de prisa escatológica. Siente que no se puede demorar más la acción misionera. No cuenta con el espacio de toda la historia indefinida del mundo, sino con poco tiempo en el que hay que realizarlo todo. Por eso, sabe muy bien, que el tiempo es breve.

Anuncia la inminencia de la llegada del Reino. Muestra una confianza inmensa en las posibilidades de Dios y en el despliegue del Reino de Dios en el momento oportuno.

La apocalíptica es profecía en tiempos de enorme tribulación. Por eso, es profecía de consuelo para quienes están atribulados y es profecía de amenaza para los enemigos de Dios. A ellos se les anuncia que serán derrotados y destruidos. Se les manifiestan también que son conducidos por malos espíritus y están a su servicio. También de ellos se dice que el final será la destrucción total.

La apocalíptica no muestra confianza en la acción humana, sino que resalta – a veces de forma unilateral- la acción liberadora de Dios, que se impondrá en la historia.

La comunidad apocalíptica ejerce su misión en la oración de intercesión, en la conducta apartada de la Bestia y de su propaganda, en el amor apasionado al Señor Jesús.

6. La misión entendida de forma “holística”

Cuando la misión se entiende así – de forma holística y no reduccionista – comprendemos con claridad que no tenemos – quienes formamos la Iglesia, ni tampoco ningún grupo dentro de ella- el monopolio de la misión. Toda misión es compartida, y compartida con todos los seres humanos.

La misión del Creador es realizada y llevada a cabo por todos los seres humanos que forman familias, que trabajan, que se preocupan por el desarrollo de la sociedad y de nuestro mundo. Es una profecía de encarnación, de anuncio de la bondad de todo lo creado.

La misión del Redentor es llevada adelante y expresadas por todas aquellas personas que tienen como mayor preocupación la liberación del ser humano, en el ámbito político, psicológico, espiritual, corporal o biológico. Es la misión de quienes luchan contra la corrupción, a favor de la ecología, de la justicia, de la paz. También se inserta aquí la misión salvífica de la Iglesia, expresada en la celebración de los Sacramentos, en la proclamación de la Palabra, en la acción misionera. Es una profecía de denuncia, de “fuga mundi”, de rechazo e intolerancia ante el Mal y anuncio de la Salvación que viene a quienes creen y cumplen la voluntad del Padre.

La misión del Espíritu se encarna en cada una de las tareas carismáticas que los distintos grupos y personas realizan en el mundo, en la Iglesia. En ellas se manifiesta la creatividad del Espíritu y cómo lleva toda la realidad hacia su culminación en el Reino de Dios. Especialmente sensibles a esta misión son las comunidades religiosas que descubren día tras días nuevos “challenges” o desafíos misioneros y están dispuestas a realizarlos.

La misión apocalíptica es llevada adelante por aquellos que son vigías apocalípticos, por aquellos que en medio de las situaciones más desgraciadas, amenazadas y pobres del mundo, anuncian el Consuelo de Dios y descubren el cielo nuevo y la tierra nueva. Ejercen la profecía de la resistencia. Se oponen decididamente a la Bestia y a su comparsa. Están decididamente a favor de la Nueva Jerusalén. Son profetas de esperanza.

III. La Misión como Clave de la Vida Consagrada “hoy”

1. La característica “cristiana”: “nos ha sido revelado”

Uno de los aspectos más característicos de la misión en la Iglesia y en la Vida Consagrada es que mientras compartimos con todos los seres humanos la misión, a nosotros se nos ha concedido el don de la revelación. Nos ha sido revelada su dimensión teológica. Nosotros tenemos la conciencia de que nuestra misión, no es nuestra, sino que es la expresión de la *Missio Dei*, de la *Missio Creatoris*, *Redemptoris* et *Consummatoris*. A nosotros nos ha sido revelado que todo ha sido creado en Cristo Jesús, que el Espíritu de Dios llena la tierra.

Un ejemplo lo tenemos en el juicio final, tal como nos lo presenta el Evangelio de Mateo. Allí se dice que cuando Dios juzgue a los seres humanos les dirá: “Tuve hambre y me disteis de comer ... sed y me dísteis de beber...”. Sorprendidos, le preguntarán los seres humanos: ¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? El les responderá: Cuando hicisteis una de esas cosas a mis pequeños hermanos a mí me la hicisteis”. Entonces comprenderán los seres humanos el sentido de su servicio. Sin saberlo, sin darse cuenta, atendieron y ofrecieron su servicio al mismo Señor.

Pues bien, a los cristianos, nos es concedida esa revelación ya ahora. Ahora sabemos que todo lo que hacemos procede de Dios y a Dios llega. Tenemos la conciencia de llevar en nuestras manos la obra de Dios, la misión de Dios. Jesús, en el cuarto evangelio, es muy consciente de esa obra. Así el cristiano es misionero desde esta convicción: que es enviado por Dios para realizar la obra de Dios.

Las motivaciones por las cuales hacemos las cosas son enormemente importantes. Sabemos, por ejemplo, que una madre tiene motivaciones muy fuertes para atender a su hijo aun con riesgo de la propia vida; sabemos que una persona apasionada por el deporte y que conoce sus posibilidades, se expone a grandes riesgos. Cuando conocemos el porqué de lo que hacemos entonces actuamos mucho mejor. Por eso, es tan importante la revelación de Dios que nos muestra el valor inmenso de nuestras tareas, y nos las hace descubrir como auténtica misión que viene de Dios.

Evangelizar es, por tanto, anunciar al mundo el sentido de todo lo que somos, vivimos y hacemos. No es indiferente conocer la revelación o no conocerla. Sólo quien la conoce vive con dignidad y tiene los estímulos más sublimes para superar todas las dificultades. Evangelizar es, por lo tanto, el primer deber de la Iglesia. Evangelizar es anunciar a todos una buena noticia que les compete.

Hay, por lo tanto, en la misión “cristiana” un nivel de conciencia y revelación que es particularmente importante.

Nosotros no deberíamos hablar, como solemos hacerlo. Muchos religiosos y religiosas suelen decir: ¡este es mi trabajo!, ¡esta es mi tarea! ¡este es mi destino! No. Somos misioneros de Dios en las obras que realizamos. Sabemos que estamos colaborando en su Proyecto. Que para eso hemos sido llamados y para eso estamos.

El proyecto de Dios no puede prorrogarse indefinidamente. María fue a visitar a su prima a toda prisa. Los mensajeros de Jesús son enviados por él para que no se detengan, ni saluden a nadie por el camino y realicen la misión cuanto antes.

La misión – como conciencia de revelación – es impaciente, apasionada. Conoce las claves del pasado, del presente, del futuro. Pero este conocimiento o conciencia no se da de una vez para siempre. Es preciso vivir en profunda contemplación de Dios y de su Misterio que poco a poco nos va revelando el sentido. Por eso, sólo una comunidad celebrativa, en contemplación apocalíptica, es agraciada con el don de la revelación apocalíptica, que es esencial para realizar la misión según la voluntad de Dios.

2. La característica “carismática”: carisma para el mundo y la Iglesia

Cada grupo en la Iglesia participa en la misión del mundo y de la Iglesia de una forma del todo particular. El Espíritu Santo actúa a través de una Congregación y sus comunidades de una manera admirable.

Por eso, es de radical importancia no que los institutos de vida consagrada programen su misión, que suele ser lo más normal, sino que intenten descubrir hacia dónde los está llevando el Espíritu, para ser auténticos instrumentos del Espíritu para la misión.

Cuando un instituto tiene conciencia de estar situado e inserto en la misión del Espíritu, entonces comprende varias cosas:

Que la misión carismática de un Instituto no debe responder a la visión particular que un determinado superior tiene de las cosas, sino al serio discernimiento de lo que el Espíritu quiere y hacia dónde el Espíritu lleva. Por eso, la misión se discierne en la contemplación de nuestro mundo, de la realidad y en la escucha de los gemidos del Espíritu. Por eso, puede suceder que una Congregación esté realizando una misión que no responde a los gemidos del Espíritu. Esa congregación tal vez responda a algunas urgencias propias de la sociedad en que está ubicada y del tiempo en el que vive, pero no está ejerciendo la misión carismática hacia la que el Espíritu de Dios la lleva. Para ello, se necesita mucho despojo de sí y una gran capacidad de discernir las cosas de Dios. Sólo escuchando la Palabra y contextualizándola se llega a este discernimiento.

Que la misión “carismática” no puede prescindir de sus rasgos apocalípticos. Propio de la vida consagrada ha sido su sensibilidad ante las mayores necesidades de los seres humanos, especialmente de los pobres, de los indefensos, de los inocentes, víctimas de la violencia. Hay muchos hijos e hijas de Dios que no tienen quién los defienda. La vida consagrada se siente llevada por el Espíritu a ser la buena o buen Samaritano que acude en ayuda de los que están más necesitados. En tales circunstancias, donde se da opresión, desprecio de los derechos humanos, la vida consagrada descubre su arista apocalíptica. Y trae consuelo, esperanza, anunciando la precariedad del tiempo de los opresores y el juicio inminente para ellos, además de la salvación de los hijos e hijas de Dios oprimidos. La oración misionera de estas formas de vida consagrada, se caracteriza por esa misma impronta apocalíptica. Hay en ella un deseo apasionado de que venga cuanto antes el Señor, el Reino de Dios.

Es normal que la vida consagrada descubra una especial sintonía con aquellos grupos humanos que llevan adelante la Misión Redentora o Liberadora, y menos con quienes llevan adelante la Misión del Creador.

3. Cuando la misión es la clave, todo cambia de color

La misión, como clave que explica todo afecta a la espiritualidad, la vida comunitaria.

La espiritualidad: la conciencia de misión genera espiritualidad. Quien se siente llamado a participar en la “missio Dei” sabe que esa es la mayor gracia que puede un ser humano recibir: ser hijo y enviado de Dios al mundo para transmitir su amor, su compasión, su energía. “Sin mí no podéis hacer nada”, decía Jesús. La comunión con Jesús, misionero del Abbá, es esencial para el misionero. De modo que en él aparece y se muestra Jesús. Por otra parte, la misión es vida en el Espíritu y participación en la misión del Espíritu Santo. El misionero, la misionera es la persona habitada por la Santa Trinidad. “Vendremos a él y haremos morada en él”. Todo lo que brota de esta vivencia es pura espiritualidad. El misionero, como los profetas, siente en sí mismo el pathos de Dios por su pueblo, la compasión de Dios por la gente. La Palabra de Dios es como fuego ardiente en su corazón. ¡Esa es la auténtica espiritualidad! ¡Esa es la raíz de todas las acciones e iniciativas del misionero! Desde el espíritu hasta el cuerpo, desde la razón y la inteligencia hasta la fantasía, todo en el misionero se convierte en sacramento e instrumento de la acción del Verbo de Dios y del Espíritu de Dios. Cuando Isabel recibió la visita de María, quedó llena del Espíritu Santo y clamó con gran voz su himno de alabanza a María y reveló lo que en ella acontecía. Se convirtió en Evangelizadora. Eso es lo que acontece en todo misionero, cuando recibe la vocación para la misión que viene de Dios.

La vida comunitaria: uno de los objetivos más importantes de la misión es crear comunión: “lo que hemos visto y oído, lo que palpamos y tocamos nuestras manos respecto al Verbo de la Vida, eso os lo anunciamos para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con el Hijo”. Por eso, hay un modelo de comunidad que nace de la misión y es innatamente misionera. Comunidad misionera es aquella que tiene siempre como horizonte la expansión de la comunión, de esa comunión originaria con el Abbá y el Hijo. El anuncio tiene como objetivo crear comunión. Donde no existe esa pasión que nace de la comunión misionera con Dios, ¿cómo puede haber comunidad auténticamente habitada por la Trinidad? Por eso, la comunidad vive de la experiencia del Verbo de la Vida. Cuando esa experiencia se da, tiende a transmitirse a comunicarse. Cuando esa experiencia se da se crean círculos comunitarios. Entonces ninguna comunidad concluye en sí misma, sino que están en proceso permanente de expansión comunicadora.

Los signos de los tiempos y los gemidos del Espíritu: una persona y una comunidad que sienten el “concerní” por la misión, se convierten en vigías apocalípticos. Están siempre alerta y atentos a la voluntad de Dios que se revela en los acontecimientos históricos. Ellos tienen más fuerza que las instituciones, las costumbres, las tradiciones. El auténtico misionero siempre está dispuesto a cambiar, a servir en un nuevo lugar, donde la Missio Dei se torna más urgente y más necesita de su colaboración. Para esto no hay que colocarse fuera de los problemas de la sociedad, sino meterse bien dentro de ellos. El estudio atento y diligente de todo lo que pasa es la fuerza que nos saca de nuestras costumbres y nos hace disponibles para la misión que cada vez se torna más urgente (cf. *Evangelii Nuntiandi*, n. 14).

Cuando se responde a los signos de los tiempos y a los gemidos del Espíritu, ninguna actividad es privada o individualista: hay momentos en los cuales para obedecer al Espíritu hay que desobedecer a aquello que nos desvía de la auténtica vocación misionera. No se debe tolerar por más tiempo en la vida religiosa, que haya personas

que sólo se dedican a trabajar, pero no trabajan con espíritu de misión y son conscientes de colaborar en la misión de Dios. Muchas veces, lo que se percibe, es solamente una resignación, una obediencia al trabajo encomendado, pero no esa capacidad creadora que se percibe en quienes se sienten enviados por Dios a hacer algo por el establecimiento de su Reino en nuestro mundo.

Sin perspectiva de misión el mismo gobierno, la formación y la misma teología son entendidos de forma muy deficiente.

El gobierno y la autoridad: la característica más importante en cualquier superior dentro de la vida religiosa debe ser su “espíritu misionero”, el ser una persona “embargada por la mística misionera”. No necesitamos managers de instituciones, ni yuppies empresariales, sino auténticos profetas que sienten la pasión de Dios por su pueblo y están embargados por el espíritu de la Alianza con su Dios. Un gobierno para la misión creará entusiasmo en todos; será compasivo y comprensivo con las debilidades, pero sabrá que la mejor medicina contra todo mal será encender el espíritu misionero, la mística de nuestra colaboración con Jesús en su sueño sobre el mundo. Las instituciones en las cuales no se perciba una fuerte inspiración misionera, no tienen razón de ser. Muchas cosas se podrían decir sobre un “gobierno ejercido desde la misión”. Será necesario pensar en ellos. Solo quisiera decir, que cada gobierno debería estar muy alerta al paso de Dios y a los gemidos del Espíritu y no perder las ocasiones de vida y de dar vida que se le ofrecen. Un gobierno para la misión no es miedoso, ni encogido. Se arriesga a lo que sea necesario, con tal de encontrar caminos de misión. Lo que no puede hacer es dejar que se le mueran las comunidades y las personas en trabajos que nada tienen que ver con el espíritu misionero. Esos son los gobiernos para la muerte.

La formación: Gabriel de la Dolorosa, un novio y junior de los Pasionistas murió a los veinticuatro años. Era un joven con muchas cualidades: afectivo, inteligente, artista... pero, sobre todo, tenía un gran espíritu misionero. Era un auténtico líder de los jóvenes en una de las escuelas de los Hermanos de la Salle y en el liceo clásico de los jesuitas. A los 18 años entró en el noviciado. Él decía “la alegría y el gozo que disfruto dentro de estas paredes son indecibles” (Escritos, p. 185). Él decía que cuando estudiaba, oraba, o hacía ejercicio física, pensaba que tenía alrededor centenares de personas que le decían: “Gabriel, un día serás nuestro evangelizador, nuestro misionero ... nuestro presbítero. ¡Prepárate bien! ¡Adquiere una fuerte espiritualidad, mucho amor a Jesús y a María! Toma muy en serio tu formación... ¡te necesitamos! De esta manera nunca sintió su formación como un reclutamiento, sino como la preparación más bella para una fantástica misión. Cuando yo era novicio, leí la vida de san Gabriel. Me impresionó el hecho que acabo de contar. Traté de imitarlo. No sabía que entre las personas que me pedían que me preparara bien, estaban también Ustedes. Creo que es suficiente este ejemplo para comprender, que nada de lo que sucede en la casa de formación debe estar al margen de la misión. El futuro debe transformar el presente y dar energía para superar todos los problemas que surjan. Un formando no es una persona con problemas, con psicología deficiente, etc., sino un misionero o una misionera que sabe que ha de luchar para la misión que un día ha de realizar y que cuenta con la mejor ayuda: el Espíritu Santo. Pero ha de ser formado, para ello, en la docilidad a ese Gran Maestro interior.

La teología: quisiera decir finalmente, que la Teología de la Vida Religiosa y de todas las formas de vida religiosa, tanto contemplativa como apostólica, debería replantearse desde la Misión, como fuente de toda su razón de ser. Ese ha sido el proyecto que desde

hace años llevo entre manos. Escribir una teología de la Vida Religiosa, teología de los votos y de la comunidad, desde la perspectiva de la misión. Ese proyecto aparecerá aquí publicado en varios volúmenes dentro de poco tiempo. Pero creo que nuestros jóvenes teólogos y teólogas deberán continuar en ese camino.

Conclusión

El Espíritu que movió a los Profetas, a los Apóstoles, y a los grandes Misioneros, no se ha extinguido. Sigue presente entre nosotros. Ese Espíritu sólo necesita personas dóciles, disponibles y dispuestas a dejarse mover por Él. El Espíritu está llamando a colaborar en su Missio.

El Espíritu es discreto, humilde. Se oculta. Pero quiere aparecer y actuar a través de nosotros, los agraciados con sus carismas. Cuando una Congregación, una comunidad, una persona, se entrega sin condiciones al Espíritu y se deja consagrar por Él, entonces todo florece, la misión se hace apasionante, el rostro de la Iglesia se torna más jovial y alegre y el mundo se siente visitado por Dios.

Un auténtico misionero, sin embargo, nunca se siente autosuficiente. Sabe que es el humilde mediador que conecta con todas las perspectivas de la misión. Más que aparecer como el “misionero único”, hace consciente al mundo de cuántas y cuántas personas son auténticas misioneras del Reino de Dios. Como Juan el Bautista, el auténtico misionero está dispuesto a decrecer, para que la misión compartida crezca. El auténtico misionero cuida para que en la misión aparezca todas sus más bellas características: creación, redención, espíritu, apocalíptica.

Les agradezco su atención y pido al Espíritu que así como invadió a María, a José, a Isabel, a Jesús, a nuestros fundadores, también irrumpa en nuestras vidas y las transforme en expresiones vivientes de su Misión